

cial correspondiente con la trinidad sublime del cielo cristiano. Los desasimientos de todo interés mezquino; los entusiasmos y efusiones por el ideal religioso; la mezcla feliz de su fe viva con su adivinada ciencia; el efluvio magnético de un éter como el que despiden las noches andaluzas y las absorciones de una evaporación salina como la que los mares oceánicos exhalan; aquella natural confianza que se adquiere por necesidad al recogimiento y al estudio monásticos, en la posible verificación de todas las sobrehumanas intuiciones, hicieronle, no sólo santo, sabio en astronomía y náutica, determinando su ánimo á mezclarse con tanto empeño en la empresa increíble hasta cumplirla con tanta felicidad, que su ascética figura luce hoy, entre todas, á las puertas del Nuevo Mundo; y su nombre no se apagará en los recuerdos de la eterna humanidad, ni siquiera cuando se hayan extinguido las estrellas australes en los espacios del nuevo hemisferio.

CAPÍTULO XVI.

MARTÍN ALONSO PINZÓN.



¿Qué se necesita, preguntóse á sí mismo el P. Pérez, para preparar la obra de Colón en este instante supremo? Pues necesitábase de una influencia en los pueblos tan poderosa como la que había tenido él en los Reyes. Tal influencia debía estar cimentada en la solidez de una posición social, y en el crédito de un saber marítimo que destruyese las desconfianzas populares y embarcase las dotaciones indispensables en las vacías carabelas. Para esto había que buscar autoridad, y autoridad comarcana capaz de compeler las muchedumbres á poner mano en la empresa. Nadie está obligado á tener el don de adivinanza. Un asceta como el buen franciscano debía entrever en sus deliquios el Nuevo Mundo y el nuevo cielo. Pero la muchedumbre no podía subir á esas alturas y necesitaba juzgar por la experiencia. Sin que sea preciso visitarlas y conocerlas, basta con recorrer en cualquier compendio geográfico la ribera, presidida por Huelva hoy sobre la extrema parte del territorio andaluz, para comprender cómo en ella predominan dos caracteres indudables: el marino y el minero. Con ríos formados casi por óxidos de hierro; con minas de cobre, celebradas desde los prehistóricos tiempos; con marismas inacabables, que parecen pedir poblaciones anfi-

bias de agricultores y nautas á un tiempo; con aquellas costas, donde termina el viejo continente y comienza el Océano infinito; con bocas y desembocaduras de agua muy aprovechables; con cabos y promontorios muy conocidos por todos los geógrafos; con radas y bahías muy llenas en cualquier estación de numerosas embarcaciones; con ermitas é iglesias ribereñas cargadas de ofrendas y exvotos marítimos; aquella región debía poseer, cuando el descubridor la requería y apremiaba, un patriciado industrial y marino, en cuyas manos estuviera el comienzo de su navegación y por lo mismo el fundamento de su colosal empresa. Los patricios allí arraigados podían disipar los escrúpulos en las muchedumbres naturales. Su competencia no debía ofrecer dudas á nadie, como que cien veces al mar se dieran en sus naves y cien veces del mar volvieron á sus casas. Las familias dejadas por ellos entre las poblaciones, los hogares á la vista de todos, los bienes raíces, los intereses múltiples, las relaciones con los parientes y los conciudadanos podían servir de hipoteca segura y de fiadores verdaderos en cualquier empresa ó proyecto, pues contrastaban mucho con el origen lejano, con el carácter extranjero, con los misterios indecibles que circuían al desconocido piloto nómada, llegado allí en escasez confinante con la miseria, llevando un pobre hatillo al hombro y un mísero niño á la mano, sin que pudiesen saberse de su competencia y saber ninguna noticia más que las seguridades dadas por un fraile, cuyo sublime candor le hacía ver cosas y personas envueltas en mágicos tintes prestados por una caridad optimista, la cual refleja su ciencia y su amor interiores sobre todos cuantos la rodean y concluye por elevarlos con palabras y obras á su altura. Juan Pérez, no tan desconocedor del mundo como creían las gentes de Moguer y Palos, comprendiendo que nada hiciera, si después de haber asegurado los planes de Colón en la Corte, los dejaba inefectos y baldíos por las resistencias del pueblo, pensó en unir con la cabeza del proyecto, como decimos en lengua vulgar, las manos y los pies, moviendo los Pinzones como

extraordinariamente idóneos á procurar el auxilio requerido de los nautas, quienes propendían á creer en lo que llamaban ellos habladurías é imaginaciones de un desconocido aventurero. Y aquí aparecen los Pinzones, que aparejan la expedición en Julio.

El primer efecto de tal intervención fué la inmediata facilidad en el apereamiento de las tripulaciones y en el acarreo á bordo de los tripulantes. El segundo efecto fué un total abandono de las violencias y una saludable apelación á las persuasiones. El tercer efecto una confianza total en la formalidad indudable del propósito é intento y seguridades plenas en el pueblo de una salida ó éxito feliz al viaje. Garci-Fernández fiaba con sus ideas, á fuer de cosmógrafo, la verdad científica del proyecto; Juan Pérez, con sus oraciones, á fuer de franciscano, el fin moral y religioso; pero el más influyente de suyo era en aquel período, á fuer de marino experto, Martín Alonso Pinzón, pues con sus viejas experiencias, con su valor nativo, con sus muchos desembolsos, aseguraba la realización práctica de todo lo ideado por Colón y sostenido por sus entusiastas partidarios. Pinzón había navegado mucho. Armador, no por afición únicamente, por herencia, por esa herencia conocida en el saber moderno con la denominación de atavismo, formaba sumado á los pilotos y marineros de su región y de su tiempo una de las familias grandes, una colectividad y suma de familias, á que llamamos en Historia Natural especies. Muy curtido por el agua salada su cuerpo, y muy atezada por el sol marino su tez, y muy movida por las olas y por los aires su flotante casa, y muy comunicado su espíritu con diversas gentes, y muy abierto su pueblo al comercio de sus intereses y de sus industrias con varias factorías, y muy penetrado todo su ser de las experiencias marítimas, á ningún atrevimiento del descubridor se asustó y retrocedió; antes bien, túvolos todos por hacederos, y á lo sumo por posibles, aunque no le pareciesen de modo alguno sencillos y fáciles. Á fines de Junio, ni las ideas de Garci-Fernández, ni los sermo-

nes de Fr. Pérez, ni los apremios del contino Real suscitando levadas, ni los medios coercitivos del Corregidor, empeñado en alcanzar con palizas la obediencia negada del todo al mandato impuesto en representación y nombre del Rey, habían cosa ninguna conseguido; y las naves, que debían estar aparejadas, se iban pudriendo en la costa, mientras desaparecían como fantasmas las tripulaciones con tanto empeño congregadas para el embarque. Pero así que Martín Alonso Pinzón puso mano en la obra, cambió como por milagrosa maravilla el estado y aspecto de la comarca. Los tímidos cobraron valor, los desesperados esperanza y seguridad, los perezosos diligencia, los indiferentes interés, los escépticos fe, los perplejos certidumbre; y la desierta playa se pobló de marineros, y los calafateadores tendieron sus breas por las quillas á reparar, y los carpinteros clavaron sus tablas en los boquetes á cubrir, y los proveedores aportaron sus cargas en las bodegas á llenar, y los hilanderos suspendieron sus lonas en los mástiles á completar; y no hubo necesidad alguna de forzados para remeros, ni de criminales para proveer y ocurrir á obra, como aquella, de ciencia y de paz. El buen Martín Alonso Pinzón describía con tan vivos colores y con tan marinera elocuencia el término de la navegación, que, por una de las reacciones frecuentes en los bruscos cambios de temperatura moral, connaturales á los pueblos, la irreductible oposición antigua se había trocado en verdadero entusiasmo. Con unos noventa hombres Colón se hubiera contentado para comienzo de la empresa; pues más de ciento veinte le procuró su activo y poderoso auxiliar. Muy escaso andaba de recursos el descubridor por sus cortas previsiones administrativas y los cuantiosísimos dispendios demandados para la preparación del plan; pues el inteligente y ducho cooperador sumó un medio cuento de maravedises al cuento con colmo entregado por los Reyes Católicos. La población de Palos componíase por aquella sazón de unos dos mil vecinos escasos; pues tres pilotos dió al descubridor, amén del núcleo de la marinería. Con los hijos de

Palos, con otros en menor número del cercano Moguer, con varios de Niebla y Huelva y Ayamonte, con pocos de otras comarcas, y con algún aventurero, sumóse la tripulación, que, para lo singular del caso y para lo grave del peligro, no era muy confusa y muy heterogénea en sus factores.

Las carabelas embargadas no le parecían á Pinzón cosa mayor. Aunque prefería estas embarcaciones, no obstante su pequeñez, por más costeras y más fáciles á la entrada en bocas de ríos y en senos de radas, dió de mano el sabio armador á todo lo inútil y extrajo de sus almacenes lo útil y aprovechable. Habilitó la *Niña*, propiedad y hechura de su hermano menor. Á la *Gallega*, la de mayores proporciones, y por lo mismo con aires y significación de capitana, más que carabela, nao de considerable bordo, única con cubierta, resistente y bien aparejada, rebautizóla con el nombre de *Santa María*, y la dispuso para la enseña principal y para el Almirante. La tercera, de las embargadas, según unos, y según otros, de la propiedad del hábil marino, tomó el nombre de *Pinta*. Créese también que una de las naves perteneció á al gran piloto Cosa. Parecía otro el pueblo. Su camino á Moguer hormigueaba de gentes como su camino á la Rábida. Iban y venían muchas en busca y requerimiento de Colón, huésped del monasterio; pero iban y venían más en busca de los Pinzones, habitantes de Palos, y con parentela en todos los pueblos de la comarca. Estos tres hermanos, y el médico astrólogo Garci-Fernández, y el fraile francisco Juan Pérez, y el gran descubridor Colón, componían una especie de familia espiritual, convergente á preparar la expedición toda ella. Aportó Pinzón al acervo de los recursos allegados quinientos mil maravedises; proveyó la grandiosa empresa del material de embarque y de las provisiones indispensables á tan larga navegación; reunió, parte por convicción como parte con dádivas, la gente; y no medió papel ninguno de recibos y entregas, ni se convino por escritura ningún reparto en los provechos remitidos á la buena fe y á la recíproca lealtad suyas y del Almirante. Muchos

explicaban esto por indicios que tenía el auxiliar de las múltiples noticias sobre cuyas sólidas sugerencias apoyaba los planes suyos el descubridor, indicios provenientes de la mucha ciencia que tenía Pinzón. Y estudiando con cuidado la vida entera de este activo mareante, á pesar del descuido suyo, y de la incuria de sus contemporáneos, «más largos en realizar hazañas que en referirlas», viénesse á conocimiento de que debió haber aprendido mucho por lo mucho también que había estudiado. Sus correrías marítimas por el Mediterráneo; su estada en puertos y ciudades, donde al cambio de productos se unía el cambio de ideas; sus observaciones leídas en el doble libro compuesto por signos de reveladores astros y por líneas de luminosas estelas; su carácter observador y su inteligencia indagadora le alzaban por tal modo sobre los contemporáneos, que pudo y debió comprender á Colón y seguirlo, sin dejar por eso aquellas emulaciones y competencias anejas de suyo á nuestra pobre y miserable humanidad. En una veta de su historia se halla quizás el secreto de aquel su proceder y la razón de aquellas sus previsiones, en el viaje á Roma, hecho para requerir datos conducentes á exploraciones nuevas, inspiradas por el ejemplo de los portugueses y por las noticias reunidas en las navegaciones de éstos á Guinea y á Canarias. Pinzón conoció mucho á cierto bibliotecario de Inocencio VIII, que la historia no designa por su nombre; y este bibliotecario sapientísimo le mostró un mapa donde constaban ciertas indicaciones de tierras allende las islas Afortunadas y en dirección hacia Occidente. Será verdad, será mentira: no hay dato cierto y justificativo de tal especie; pero corre por todos los libros y nace del esplendor con que lucía la corte pontificia en aquella edad. Figura poco saliente la del buen Inocencio, borrada entre las obras artísticas de su antecesor, el feliz en maravillas Sixto IV, que diera su nombre á inmortales monumentos, y el extrañísimo Alejandro VI, que levantara sus ambiciones tan alto y dirigiera su política tan lejos, no brilla sino por haber su familia querido asociar el nombre suyo á los preli-

minares del descubrimiento colombino, como consta en la inscripción que pusieron sobre su sepulcro en el Vaticano, excusa de inexcusables flaquezas y título al perdón de la posteridad. Y estos viajes de Pinzón por la península itálica; sus estancias en Roma, entonces resplandeciente de ideas y de inspiraciones; sus visitas á la biblioteca vaticana y su amistad con el bibliotecario de Inocencio VIII, si no testifican la existencia del nunca encontrado mapa, testifican los muchos tesoros de saber cosmográfico acumulados en la corte pontificia, y muy propios para prestar al glorioso auxiliar de Colón la diligencia con que acudió á los preparativos de la proyectada obra y el ojo certero con que columbró su realización matemática.

La región de Huelva está, como ninguna otra, unida por guirnalda hermosísima de recuerdos y por constelación luminosa de nombres con la epopeya del descubrimiento. Dejando aparte Garci-Fernández, Juan Pérez, los tres Pinzones, Peñalosa, no deben olvidarse otros nombres, bien pertenecientes á la leyenda, bien pertenecientes á la historia, cuya fama compite con la fama de los anteriores. Natural de Lepe, Sebastián Rodríguez, que aportara el acuerdo supremo desde Granada para una definitiva inteligencia, conducente á procurar la invención del Nuevo Mundo, entre la Reina y el piloto; señor de Ayamonte y de Huelva el Duque de Medinasidonia, que recibiera confidencias íntimas de Colón y esbozara varios, aunque frustrados, proyectos; de Huelva el Alonso Sánchez, mencionado un siglo después de la invención por el inca Garcilaso como primero en abordar, conducido por las tempestades, á desconocidas playas, acaso pertenecientes al Nuevo Mundo; de Moguer y de Palos el mayor número entre los reunidos para la tripulación de los tres barcos á quienes cupo haber cumplido las profecías del sobrenatural nauta y evocado en los mares la nueva creación que al sublime profeta confiara el secreto de su existencia. Por eso los peregrinos de la civilización, al hollar todo aquel espacio sacrosanto donde se iniciara una obra tan grande, y visitar los sitios

ungidos con recuerdos que interesan á la historia universal, no se paran en el esplendor de aquel cielo andaluz y en la transparencia de aquellos mares meridionales; no atienden, ni á las hermosas lagunas llenas así de plantas como de aves acuáticas, ni á los bosques de pinos cortados por verjeles de frutales y por cepas de viñedo que alegran la campiña; no aprecian tanto mineral esparcido á flor de tierra, ni tanto río cargado con sustancias ricas; no miran siquiera los monumentos mudéjares, de una originalidad tan extraña, y los azulejos multicolores, de unas reverberaciones tan hermosas; no saludan la solitaria palmera crecida entre las costas, en que las navecillas atracan, y el montículo, sobre cuyo tope se levanta la Rábida, aquella palmera, testigo de toda la ya legendaria expedición: en el ánimo de todos privan principalmente las evaporaciones de ideas reveladoras despedidas por la comarca y las figuras tradicionales de una epopeya inmortal, tan admirablemente coronadas de luz por la poesía y por la historia.

CAPÍTULO XVII.

EL DÍA DE LA PARTIDA.

ERA el día 2 de Agosto de 1492 cuando todos los preparativos para el embarque de Colón hacia el mundo ignoto se dieron por terminados, y quedaron avisadas las gentes para que se apercibiesen á la partida, pues no había hora segura de zarpar, librada solamente á la espera de una favorable y necesaria brisa. Como el mar guarda misterios, que parecen divinos, y sorpresas, que parecen providenciales, aquellas ideas religiosas, por la fe cristiana sobrepuestas á todo lo inexplicado é inexplicable, se recrudecen y exaltan en la infinita extensión de los espacios marítimos, como en el silencio nunca interrumpido y en el secreto siempre insondable de la muerte. Por mucho que creamos en la regularidad fatal de las leyes universales y en el enlace y concordancia de todos los fenómenos con el sistema de la Naturaleza rigurosamente lógico y con el equilibrio perdurable de las fuerzas, hay algo, lo cual podrá explicarse por quien todo lo ha causado y todo en sí lo ha comprendido, pero no por nuestra contingente inteligencia, cuya limitación sólo descubre un lado parcialísimo de las cosas, y ahí penetra el enjambre de ideas místicas, subiendo al cielo deliquios de plegaria, espirales de incienso, acentos de órgano,